

PROSEGUR RESEARCH

Un mundo diferente Claves de futuro

2022

Índice

01	Lo que está por venir	2
-----------	------------------------------	----------

02	La constante ahora es el cambio	5
-----------	--	----------

03	Las claves de futuro	6
-----------	-----------------------------	----------

1. Lo que está por venir

Vivimos tiempos caracterizados por cambios constantes y tecnologías disruptivas. Esto ha revolucionado nuestra forma de vivir e interactuar con los demás y con el mundo, creando nuevos hábitos de consumo y convivencia. Es ante este panorama donde creemos que la pandemia ha servido como catalizador para impulsar distintos fenómenos. Desde Prosegur pensamos que esta situación puede potenciar, al menos, dos impactos serios en la seguridad nacional e internacional, afectando no solo a los intereses de los Estados, sino también los de las corporaciones privadas y la ciudadanía en su conjunto.

1.1. Aumento del desorden social

La carga psicológica percibida por la COVID-19 y sus implicaciones está asociada a un incremento de actitudes antigubernamentales y una mayor predisposición de participar en actos de violencia política. La fuerte amenaza que supone la pandemia para el bienestar mental, físico y económico de la ciudadanía incrementan los sentimientos de marginación social, los cuales potencian la agresión y la rebelión contra las estructuras sociales. De hecho, las manifestaciones han crecido en el mundo un 7% entre 2019 y 2020; desde la COVID-19 se han dado al menos 230 manifestaciones antigubernamentales significativas en más de 110 países.

La relación entre la carga de la pandemia de COVID-19 y los sentimientos antigubernamentales ocupa un lugar destacado en los debates públicos, en los que el enfado por la restricción de derechos y libertades, así como las dificultades económicas, se citan a menudo entre las causas del malestar. Y no parece solo un sentimiento: en el último año se han reducido las puntuaciones de libertad de 73 países, lo que representa el 75% de la población mundial.

Así, los impactos económicos de la COVID-19 (desempleo, cierre de negocios, pobreza, desigualdad), la gestión de la pandemia y las limitaciones en derechos y libertades impuestas para su contención – en un **contexto de fatiga pandémica, la extrema polarización y pérdida de cohesión social** – pueden llevar a un aumento de manifestaciones, protestas e

incluso violencia urbana. El miedo y la ansiedad ante las enormes incertidumbres existentes pueden ser precipitadores de la frustración y de la ira, en la que se buscan culpables de lo acaecido.

En este contexto surge un nuevo constructo al estudiar la pandemia y los disturbios sociales denominado la **necesidad de caos**: el deseo de un nuevo comienzo a través de la destrucción del orden y las estructuras establecidas refleja deseos agresivos generalizados. Estos son provocados, en parte, por los sentimientos de **exclusión social y la falta de control** sobre la vida. De este modo, la necesidad de caos probablemente implique fuertes sentimientos de **desprecio ascendente**, es decir, desprecio dirigido a la élite, que se ha descubierto que motiva formas de acción no normativas que desafían la legitimidad del sistema social actual.

Aunque la necesidad de caos representa una forma extrema de actitudes anti sistémicas, tales **sentimientos hostiles** pueden tener cierto arraigo en hasta el 40% de la población de los países occidentales. De esta manera, la pandemia y los confinamientos pueden **erosionar las relaciones sociales**, socavar la salud física y mental, inducir temores relacionados con la enfermedad y generar pérdidas económicas. Estos resultados, a su vez, pueden aumentar la exclusión social -un predictor de la agresión- o promover la búsqueda de riesgos con el fin de prevenir las pérdidas de cualquier tipo.

Las pérdidas socioeconómicas también pueden crear frustraciones, que conducen a la agresión a través del **vínculo frustración-agresión**. Esta agresión puede dirigirse a los actores que se consideran responsables de los efectos adversos de la pandemia, que suelen ser los gobiernos.



Recientemente, el Fondo Monetario Internacional (FMI) ha advertido sobre la vinculación entre epidemias y brotes sociales, agravando grietas existentes en las sociedades, como la falta de confianza en las instituciones, la indiferencia o la anomia social (el desprecio o indiferencia ante las normas y no reconocimiento de la autoridad). La legítima expresión de descontento social pudiera llevar, en planteamientos extremos, a subversión del orden y manifestaciones de violencia urbana. Según los estudios en que se basa el FMI esta tensión social no se manifiesta de forma inmediata, sino a medio plazo (2 años).

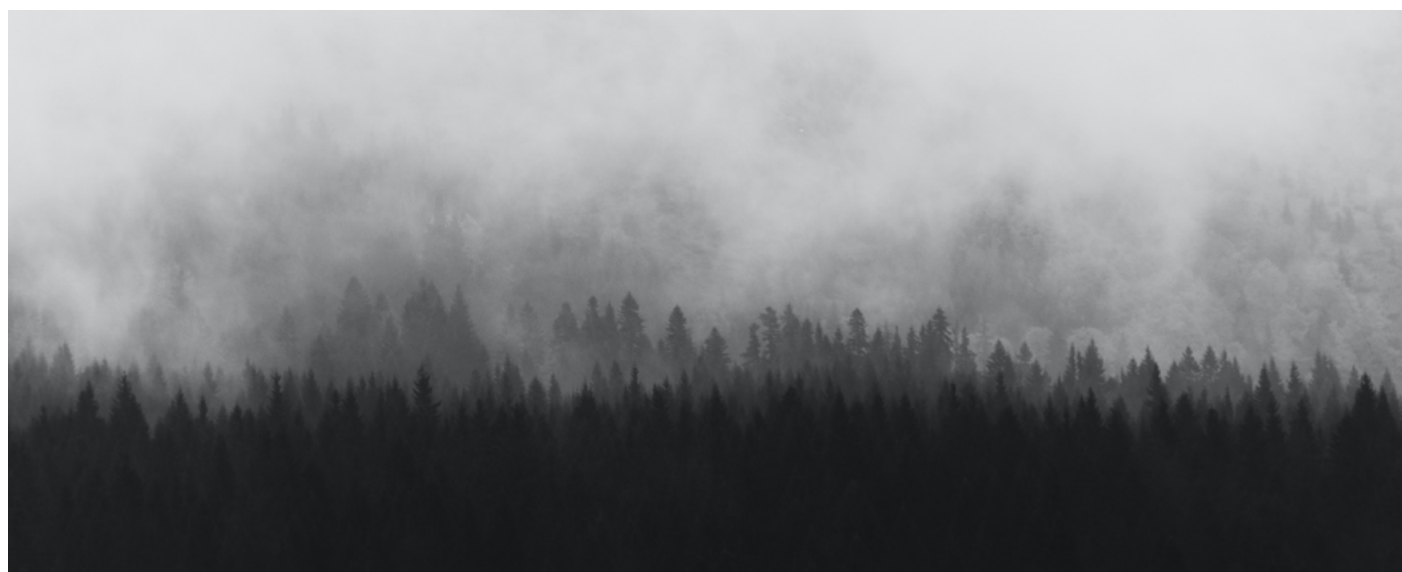
La pandemia, de nuevo, sería un catalizador de causas estructurales marcado por la volatilidad. En consecuencia, más allá de su impacto en la salud pública y la economía, la carga psicológica de las pandemias puede perturbar la **relación entre los ciudadanos y sus sociedades y gobiernos**. Por tanto, las regiones que peor gestionen la pandemia contarán con un mayor distanciamiento entre sus ciudadanos y el sistema social y político y verá incrementado su **riesgo de disturbios sociales**.

1.2. Incremento de la criminalidad organizada y la gobernanza criminal

El crimen organizado se adapta, evoluciona, se expande, se infiltra en la economía legal,

configurándose como la mayor amenaza para nuestras sociedades. Los Estados se enfrentan a multinacionales del crimen, que cuentan con inteligencia, con recursos y altas capacidades, y no únicamente centradas en el narcotráfico. Una amenaza difusa, opaca, cuyos impactos son indirectamente cuantificables, no sólo por el valor de los tráfico ilícitos, sino por todas las actividades delictivas de su ecosistema (corrupción, blanqueo, menudeo, ajustes de cuentas, secuestros, extorsiones...), por la atracción de los jóvenes hacia ese mundo, o por la generación de mercados paralelos fuera del sistema fiscal, etc.

Todos los informes de organismos internacionales, como EUROPOL, confirman que el crimen organizado se ha mantenido resistente y ha sabido adaptarse a los cambios, dando lugar a nuevos modus operandi y moldeándose a nuevos canales: oferta de productos farmacéuticos y material médico, reales o falsificados, corrupción de autoridades para la obtención de comisiones o sobrepagos, adquisición de negocios en dificultades económicas, préstamos con usura a empresas para solventar la crisis, extorsiones. En materia de tráfico de drogas, la producción no ha sido especialmente afectada por la pandemia, beneficiándose adicionalmente de la suspensión de las labores de erradicación, ni la adquisición de precursores para la elaboración de sustancias sintéticas como la metanfetamina o el fentanilo se ha visto mermada. En última instancia, **las limitaciones derivadas de confinamientos y estados de alarma, que pueden haber dificultado el consumo, han obligado a las organizaciones criminales a potenciar su eficiencia, su capacidad de gestionar stocks y de influir en los precios**.



“ Los Estados se enfrentan a multinacionales del crimen, que cuentan con inteligencia, con recursos y altas capacidades ”

Otro efecto adicional, potenciado por la COVID-19, es la infiltración del crimen organizado en la economía legal. La presentación en licitaciones públicas en la venta de productos sanitarios, la adquisición o participación en negocios que se han visto avocados a pérdidas o cierre (en particular los de servicios como es el turismo, la hostelería, el transporte o los de belleza). Para todo ello la corrupción actúa como catalizador. A nivel de salud pública, y no solo de seguridad, se ha de valorar el impacto directo que puede generar sobre la población el control del crimen organizado de cadenas de suministro de bienes de primera necesidad. Un ejemplo puede ser el llevado a cabo en México por el Cártel Jalisco Nueva Generación: ha distribuido bienes de primera necesidad en comunidades locales durante la pandemia, especialmente zonas más rurales, desatendidas por el Gobierno central.

Uno de los mayores riesgos futuros es el **crecimiento de la denominada gobernanza criminal**, utilizado en ocasiones con diferentes significados. Algunos expertos se refieren a la gobernanza criminal como el ejercicio de autoridad de un grupo delictivo sobre la sociedad, a través de un sistema de regulación y extracción de la sociedad. Se genera así una hegemonía organizativa y financiera de grandes grupos de crimen organizado frente a Estados

debilitados, empobrecidos, líderes políticos sin liderazgo y ciudadanos desafectos. Los cárteles mexicanos, el Primer Comando Capital (PCC) en Brasil, o las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Colombia son claros ejemplos de gobernanza criminal. El control del territorio, de la economía, de las instituciones y de la sociedad e incluso de la cultura caracteriza la acción de estos grupos. El control social, durante la pandemia, se ha manifestado por dos vías. Una primera variable sería la capacidad de los grupos criminales para dictar acciones colectivas, como protestas, paros, control de la movilidad, cumplimiento de medidas de cuarentena y toques de queda, así como la aplicación de reglas y normas de conducta. Las evidencias de esta situación se producen claramente en Brasil (PPC), México y el Triángulo Norte, con expansión paulatina a países limítrofes, como Paraguay, Costa Rica y Panamá. La segunda variable estaría representada por las acciones encaminadas a aumentar la base social de apoyo de estos grupos, a través de las acciones de beneficencia que desarrollan o la concesión de préstamos que generarán una deuda perpetua en los prestatarios. Además, se han aplicado fórmulas informales de resolución de disputas y conflictos, sustituyendo de esta manera la acción estatal, en muchas ocasiones sin recursos o ineficiente. Las pautas socioculturales se transforman, se modifica el ámbito social y éste pasa a adoptar las características propias de una narcosociedad.

A modo de nexo inseparable de la dimensión de mercado se encuentra el control del territorio sin el cual el crimen organizado no tendría cabida. Los indicadores que permiten medir su incidencia son variados, destacando la corrupción, el control de rutas, la legitimización de sus actos en el entorno poblacional en el que operan, su impregnación en la cultura popular o su inmersión en actividades lícitas, entre otros. En este ámbito, la COVID-19 también ha dado lugar a nuevos escenarios de los cuales esta criminalidad ha sabido sacar rédito. El alcance que puede llegar a adquirir esta dimensión de control del territorio está estrechamente relacionado con la reorganización de prioridades o imposibilidad de destinar recursos estatales a las necesidades subyacentes a la crisis generada por la pandemia. Como resultado, la crisis sanitaria y económica se ha convertido también en un corto periodo de tiempo en una **crisis de liderazgo y gobernanza en la que el crimen organizado ha sabido posicionarse**.

2. La constante ahora es el cambio

Asumiendo que el mundo se encuentra en constante cambio y enorme incertidumbre y que las fórmulas de análisis requieren una **visión periférica (a lo ancho) y de futuro (a lo largo)**, debemos considerar que el entorno es mucho más que VUCA: volátil (*volatile*), incierto (*uncertain*), complejo (*complex*) y ambiguo (*ambiguous*), término acuñado por la Escuela de Guerra del Ejército de EEUU en la década de 1980, más aún que TUNA: turbulento (*turbulent*), incierto (*uncertain*), nuevo (*novel*) y ambiguo (*ambiguous*), término aportado desde la Universidad de Oxford, incluso más lejos que BANI: frágil (*brittle*), ansioso (*anxious*), no lineal (*non-linear*) e incomprensible (*incomprehensible*).

El cambio no es pasajero: los individuos y

organizaciones que sean capaces de adaptarse a la **constancia del cambio** podrán adelantarse a este, y entender que el entorno configura la seguridad, la inseguridad y sus parámetros. Estos elementos, seguridad e inseguridad, se componen a su vez de una dimensión objetiva y externa y una dimensión subjetiva e interna, y se enmarcan en *drivers* o fuerzas motrices que dan forma al mundo. Existen *drivers* de dos tipos: mega tendencias (más estables y relativamente predecibles) y *game changers* (incertidumbres clave), y estas a su vez interactúan entre sí dando lugar a ese entorno de diversas características (VUCA, TUNA, BANI, etc.). En Prosegur hemos seleccionado las claves que consideramos estratégicas para los estudios de seguridad del futuro.



“ Los individuos y organizaciones que sean capaces de adaptarse a la constancia del cambio podrán adelantarse a este ”

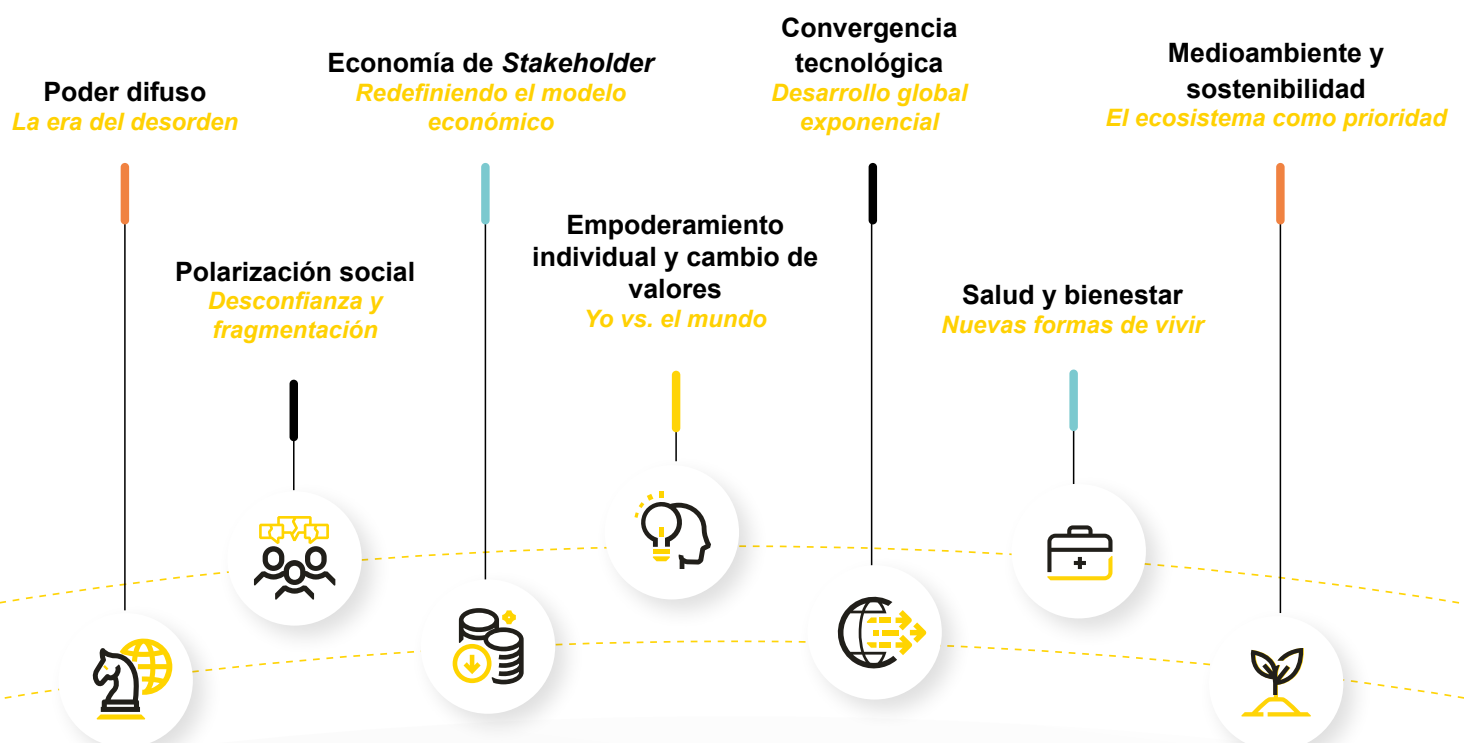
3. Las claves del futuro

La humanidad vive un momento clave. El Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos ya señalaba en 2004 que sería una cuestión de tiempo que apareciera una pandemia similar a la gripe de 1918, y que una situación de ese tipo podría acabar con los viajes y el comercio mundial durante un largo periodo, además de colapsar los sistemas sanitarios. La mención a la probabilidad de una pandemia ha sido habitual tanto en los informes de la comunidad de inteligencia estadounidense como en los análisis anuales de riesgos del Foro Económico Mundial.

La COVID-19 es posiblemente el hecho más disruptivo que como humanidad hemos enfrentado desde los conflictos mundiales del siglo XX. Sus impactos afectan a todos los aspectos de nuestras vidas. El mundo se va a transformar, y no será simplemente por el deseo de nuestras sociedades, ni porque existan una convicción y consenso sobre el mismo, sino porque resultará imposible volver atrás sin más. En realidad, el mundo se transforma constantemente, pero determinados hechos actúan como puntos de inflexión debido a su capacidad facilitadora o potenciadora.

El momento actual nos presenta un viejo mundo que no acaba de morir y un mundo nuevo que tarda en aparecer. Tiempos no exentos de riesgos, pero también de oportunidades, en los que es preciso amplitud y longitud de miras. Una mirada amplia para entender la dificultad de explicar cualquier fenómeno en base a una cantidad limitada de variables, dada la complejidad e interrelación de nuestro mundo. Una mirada larga para estudiar y reflexionar sobre el futuro con objeto de poder influir en él, tratando de lograr los escenarios más favorables y/o evitando aquellos más distópicos, y lejos de cualquier pretensión adivinatoria o predictiva.

A continuación, se presentan las 7 claves que consideramos que, en los próximos años, van a orientar todas las acciones individuales o colectivas, reconfigurando el mundo tal y como lo conocemos, y teniendo en el horizonte que parte de los cambios sufridos desde marzo de 2020 serán únicamente coyunturales. Claves que, por otra parte, se venían manifestando previamente a la pandemia, y en las que ésta ha actuado como un catalizador.



3.1. Poder difuso

La era del desorden

Parece que la globalización ha debilitado la idea Estado-Nación, ha supuesto la cesión de competencias que se consideraban propias de la soberanía nacional y ha difuminado el poder entre los órganos de los Estados, los poderes económicos (y especialmente financieros) y multitud de actores no estatales. La crisis económica, la pérdida de confianza en las instituciones, la corrupción de organizaciones públicas y privadas, la incapacidad de las organizaciones transnacionales para ordenar el mundo y gestionar el caos han potenciado un movimiento antiglobalización que actualmente no está dirigido desde las calles (como los movimientos antiglobalización clásicos o por la justicia global o universal o los muy posteriores movimientos indignados), sino desde las propias instancias de poder (Estados, Gobiernos, partidos políticos).

Así, nos encontramos ante un proceso de descentralización de poder hacia actores no estatales: ciudades que adquieren más capacidad de decisión, empresas tecnológicas que toman decisiones de alto impacto internacional, Estados que se agrupan para recuperar el control.

La mayor detección de corrupción y las insatisfactorias políticas ante las crisis económicas, sanitarias y sociales de los últimos años han llevado a la ciudadanía a plantearse dónde deposita su soberanía. En este contexto, los discursos populistas ganan fuerza en el mundo, mientras que ciudadanos de diversos países, en sociedades democráticas, optan por líderes y gobiernos de corte más autoritario y proteccionista.

El futuro estará marcado por un mayor peso de actores hasta ahora secundarios y una modificación en la ponderación de las herramientas de poder utilizadas. Ambas variables dan lugar a una difusión cada vez mayor del poder, acentuada por el proceso de empoderamiento individual.

▲ El **98%**

de las ganancias en el mercado, desde marzo de 2020, están representadas por solo siete empresas (Galloway, 2021).



Las últimas elecciones de gobernadores regionales de Chile resentan un mínimo histórico de **participación: 19,6%** en la segunda vuelta, que da cuenta del abstencionismo estructural de esta sociedad (Servel, 2021).



Los consumidores confían prácticamente igual en recomendaciones de **influencers (49%)** que de amigos (56%) (Twitter, 2020).



En el último año se han **reducido las puntuaciones de libertad de 73 países**, lo que representa el 75% de la población mundial (Freedom House, 2021).

3.2.

Polarización social

Desconfianza y fragmentación

El sensible incremento de la desigualdad y la incertidumbre erosionan la cohesión social y dificultan el consenso, generando una importante fragmentación social. Surge así espacio para los populismos, catalizadores de la polarización y los extremismos ideológicos.

El incumplimiento de las promesas del estado de bienestar daña la estabilidad social y la legitimidad de las instituciones, derivando de forma natural en una suerte de anomia social: cumplir las normas pierde sentido cuando no garantizan su función de convivencia. Esto se debe a que la ausencia de normas en una sociedad a causa de rápidas transformaciones previas genera una situación que debilita los vínculos sociales y la cohesión; esta desfragmentación a su vez genera conflictividad social.

El concepto de repatrimonialización, derivada de la preponderancia de intereses particulares impuestos por grupos de presión (lobbies, universidades, familias, corporaciones) y ajenos al interés público; los sistemas de rendición de cuentas, que en un sistema muy garantista y burocrático hacen lento y laborioso el proceso de toma de decisiones y la existencia de élites dirigentes que perpetúan las estructuras de poder.

La corrupción, la injusticia y la desigualdad son algunas de las manifestaciones de esta decadencia que exigen urgentes ajustes.



Por primera vez los españoles confían más en las empresas que en el gobierno y los medios; a su vez, la población china ha sufrido una **caída de 10 puntos en su confianza**, cifra récord (Eldeman Trust Barometer, 2021).



Hubo un aumento del **244% en disturbios** a nivel mundial, huelgas generales y manifestaciones antigubernamentales entre 2011 y 2019 (GPI, 2021).



El **59%** de los encuestados consideraba que su país estaba **más dividido** que 10 años atrás. Este porcentaje era sensiblemente mayor en países como España (77%), Italia (73%) o EE. UU. (67%) (IPSOS, 2018).



En Europa, la diferencia en el **exceso de muertes** entre dos regiones, una sin polarización de las masas (2,7%) y otra con niveles máximos (14,4%), es más de **cinco veces mayor** (Charron et cols., 2020).

3.3.

Economía de Stakeholder

Redefiniendo el modelo económico

La crisis financiera de 2008 y los impactos económicos de la COVID-19 han impulsado la búsqueda de nuevos modelos económicos. Entre todos ellos destaca el denominado *stakeholder capitalism*, promovido por el Foro de Davos, donde se encuentra un precedente en su manifiesto de 1973, al señalar que el propósito de las compañías consiste en servir a los clientes, accionistas e inversores, empleados y trabajadores, así como a las sociedades y comunidades; también hacía referencia a “armonizar los diferentes intereses entre los stakeholders”. El foco, en 2021, se pone en las compañías con propósito, aquellas que generan valor tanto a la sociedad como al planeta. El cambio es tal que las empresas dirigidas con Criterios ESG (medioambientales, sociales y de gobierno corporativo, por sus siglas en inglés) están demostrando mejor comportamiento bursátil.

Los impactos de la pandemia, en términos de destrucción de tejido empresarial, desempleo, aumento de la pobreza o endeudamiento público, condicionarán la agenda de los próximos años, así como las políticas monetarias y fiscales. Además, en momentos de crisis económica, la preocupación por cuestiones como la corrupción se incrementa entre los ciudadanos. A nivel político, esta situación contribuye a aumentar la brecha que separa a gobernantes y ciudadanos, una tendencia global.

Por otra parte, la pandemia y sus impactos han disparado el crecimiento de la economía de plataformas, aquella que conecta a desarrolladores y consumidores por medios tecnológicos y elimina progresivamente a los intermediarios. También la “polarización de empleo”: se detecta un crecimiento de las ocupaciones de salarios altos y bajos y una disminución proporcional de las ocupaciones tradicionales de salarios medios; esto se debe en gran parte a los cambios tecnológicos con impacto desigual y a la transformación de la industria; y tiene a su vez importantes impactos sociales.

▲ La **pobreza**

y la **pobreza extrema** alcanzaron a finales de 2020 en América Latina niveles que no se han observado en los últimos **12 y 20 años**, respectivamente (CEPAL, 2021).

▲ Más del **90%**

del valor de mercado de empresas como Apple, Amazon o Microsoft procede de sus valores **intangibles** (Global Intangible Finance Tracker, 2020).

▲ El **10%**

del PIB mundial son **activos financieros transfronterizos**, de ellos el blanqueo de dinero de procedencia ilícita asciende a 1 370 000 millones de euros, equivalente al PIB de España y el 2,7 % de la riqueza mundial (ONU, 2020).

▲ Hasta **500**

millones de personas pueden caer en la **pobreza** fruto de la crisis sanitaria y de la forma de responder de las economías (Oxfam, 2020).

3.4.

Empoderamiento individual y cambio de valores

Yo vs. el mundo

Naciones Unidas define el *empowerment* individual como “el proceso que permite a las personas tener un mayor control sobre sus propias vidas y sobre los factores y decisiones que las conforman”.

Una sociedad que progresa precisa de individuos altamente capacitados, objetivo al que han coadyuvado la globalización, el amplio acceso al conocimiento o las nuevas tecnologías. El ciudadano tiende a ser, al mismo tiempo, consumidor y productor, con tendencia creciente hacia el *do-it-yourself* o el fenómeno *maker*. Así, progresivamente, elimina intermediarios antes imprescindibles.

El empoderamiento individual cobrará especial sentido en la medida en que se conecte en red, aumentando la inteligencia colectiva.

En este contexto, y alentado por el resto de las tendencias, los estilos de vida cambian, entendiendo por ellos el conjunto de factores tanto tangibles (edad, origen étnico o racial, sexo, ocupación) como intangibles (valores, creencias, actitudes) que conforman la manera de vivir y de interactuar de un individuo en la sociedad.



Los usuarios **navegan 10 horas** a la semana más y multiplicarán los **servicios online por 2.5 veces** en sus rutinas diarias (Ericsson, 2021).



El **Crowdfunding** se triplicará de 2019 a 2026 (Statista, 2021).



Los consumidores están buscando mejores **servicios postventa** y se está exigiendo una mayor calidad en los productos a las compañías (Opinno, 2020).



La impresora 3D de la ONG New Story **imprime una casa en 48h** de 37 a 74m² por un precio entre 6 000 y 10 000 dólares (Diamandis y Kotler, 2021).

3.5. Convergencia tecnológica

Desarrollo global exponencial

La revolución tecnológica del siglo XX nos ha permitido alcanzar un paso más en la época actual: los avances tecnológicos convergen para potenciar innovaciones disruptivas. Así, si el desarrollo de las tecnologías es exponencial y estas a su vez convergen, su potencial disruptivo producirá mayores impactos en las empresas y la sociedad en general.

Una tecnología exponencial puede modificar significativamente un producto o servicio, pero varias tecnologías exponenciales convergentes pueden arrasar con productos, servicios o incluso mercados. La combinación entre inteligencia artificial, robótica, biotecnología, nanotecnología, impresión 3D, *blockchain*, 5G, computación cuántica, realidad aumentada y virtual o ciencia de los materiales hará finalmente posibles los avances hasta ahora soñados.

Por ejemplo, el desarrollo de nuevos medicamentos se acelera no únicamente por el avance exponencial de la biotecnología, sino por la aplicación de la inteligencia artificial y la informática cuántica. También los avances en la construcción de drones derivan de la combinación de *machine learning*, nuevos materiales e impresión 3D.

Estas fuerzas aceleran corrientes ya existentes como la virtualización y la globalización digital, permitiendo iniciar un proceso de desglobalización física.

Además, cobra fuerza el transhumanismo, que fija como propósito del desarrollo tecnológico la mejora de capacidades humanas tanto físicas como intelectuales, y por tanto aporta una visión de la evolución humana que supera lo biológico y se orienta a lo híbrido.

De esta forma, la tecnología se configura como el gran *game changer* de futuro. Por una parte, será fuente de nuevos riesgos y amenazas. Pero, por otra parte, la vía para poder enfrentar los enormes desafíos de este siglo y hacer más ágiles y eficientes todos los procesos operativos.



Con el 3G se tardaba **45 minutos** en descargar una película en HD, con el 4G se tarda **21 segundos** y con el 5G menos tiempo que en leer **esta frase** (Diamandis y Kotler, 2021).



El valor de mercado de la **computación cuántica** se situará en torno a los **2 200 millones** de dólares en 2026 (BBVA, 2021).



En 2018 tan solo el **35,9%** de los hogares en Perú tenían **acceso a Internet** (Instituto Nacional de Estadística e Informática, 2019).



En 2018 había **10 mil millones de dispositivos** con Internet, para 2025 se prevén **64 mil millones** y **varios billones** para 2040 (US National Intelligence Council, 2021).

3.6. Salud y bienestar

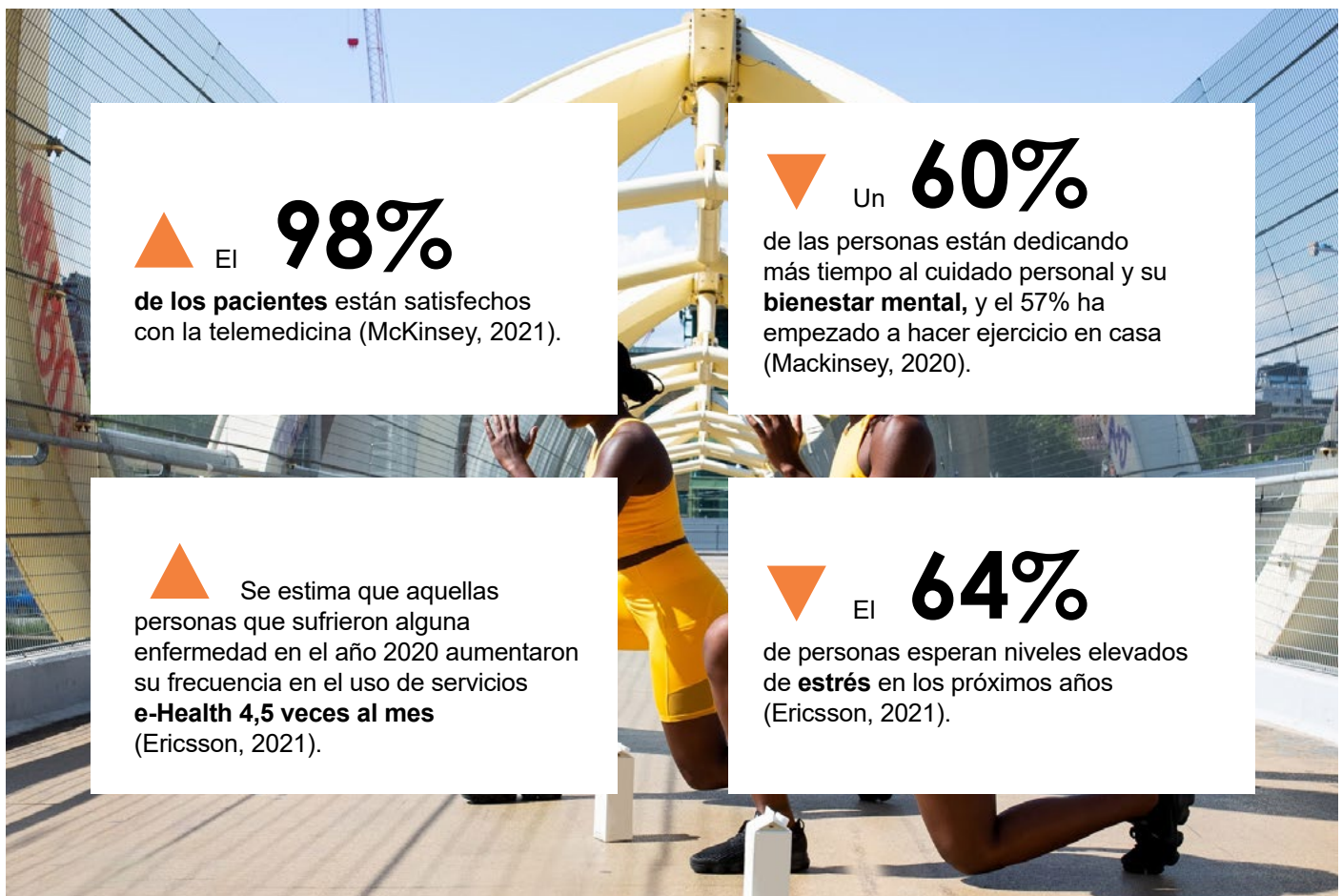
Nuevas formas de vivir

Tras la pandemia, la preocupación por recobrar la salud y el interés en incrementar el bienestar cobran aún más valor. La COVID-19 ha incidido en una reflexión individual y colectiva sobre los principios existenciales del ser humano, tras poner en evidencia nuestra fragilidad.

Un indicador indirecto de aumento de bienestar, en las últimas décadas, fue el desarrollo de las clases medias. Un proceso que se ha estancado, especialmente en Estados Unidos y Europa tras la crisis financiera de 2008 y la COVID-19. El freno del denominado proceso de horizontalización social de las últimas décadas y el fenómeno de ascensor social - sentimiento de cada generación de vivir en mejores condiciones que la generación precedente -

acentúan esa búsqueda de bienestar definido como un conjunto de necesidades humanas para vivir satisfactoriamente: salud física y mental, felicidad y prosperidad.

El bienestar individual (*wellness*) venía siendo una clara tendencia en los últimos años, con un rápido crecimiento. Tras crecer aceleradamente en los últimos años se ha estimado que representa un 5,3% de la economía mundial. La pandemia ha reorientado este bienestar individual hacia un marco más holístico, más social (*wellbeing*), incluyendo el ámbito de las relaciones laborales. Incluye aspectos sociales (como la solidaridad y el sentido de pertenencia), espirituales (significado y propósito), ambientales (estímulos de los entornos ocupados), emocionales (estrés, fatiga pandémica), seguridad sanitaria como parte incluso de la responsabilidad empresarial, cambios en los estilos de vida (consumo, alimentación, ocio y tiempo libre), resocialización (recuperación del distanciamiento social) o desconexión digital.



3.7. Medioambiente y sostenibilidad

El ecosistema como prioridad

El ecosistema en el que vivimos es esencial para el ser humano: para la salud, la calidad de vida y la supervivencia de la especie. Del medioambiente se obtienen todos los elementos y recursos necesarios para la vida (aire, agua, alimentos) así como los precisos para el desarrollo humano (energía, materiales).

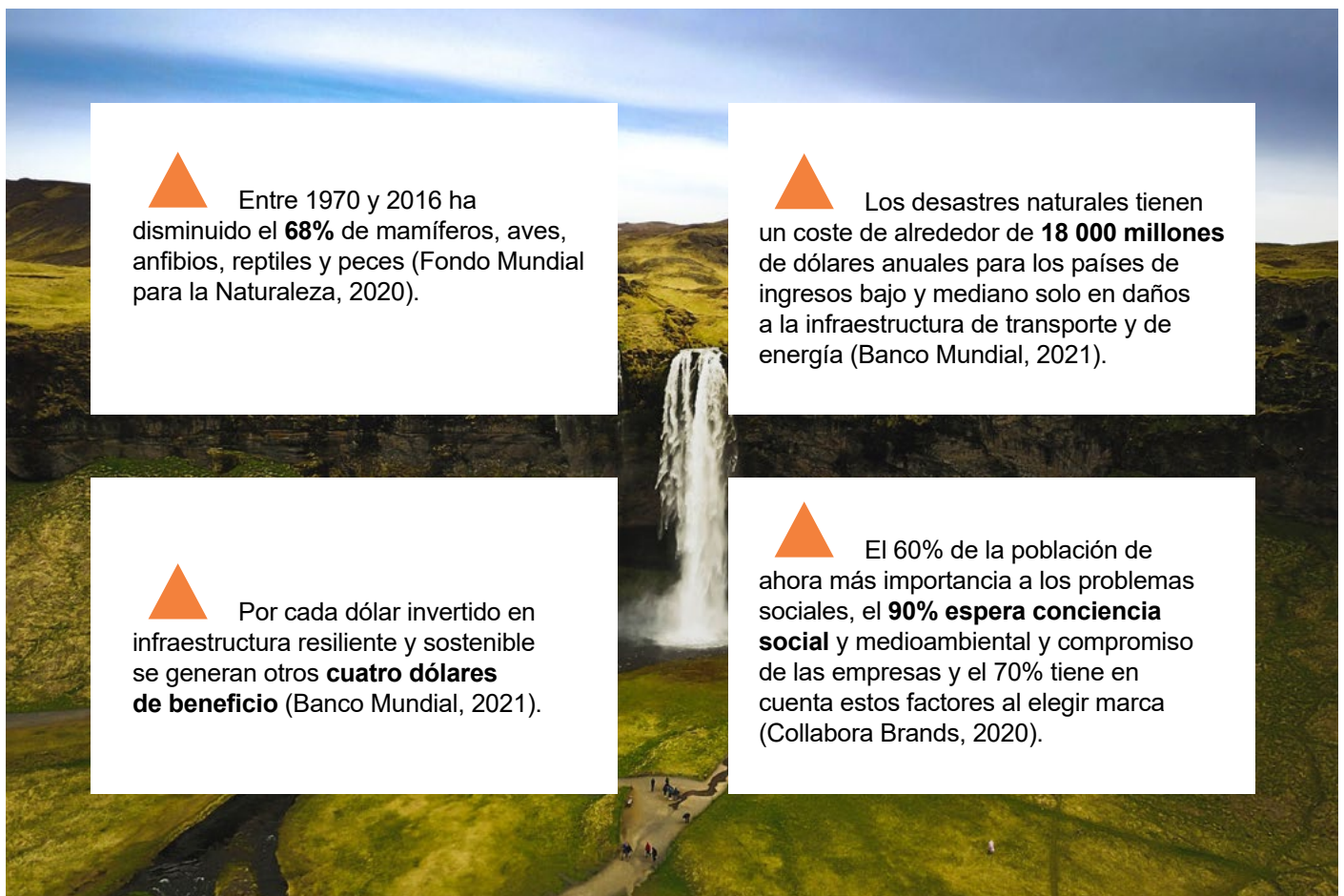
La sostenibilidad implica la satisfacción de las necesidades actuales sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras. Es una cuestión vinculada a la búsqueda de equilibrios entre crecimiento económico, cuidado del medioambiente y bienestar social.

La preocupación por el medioambiente y la

sostenibilidad ha aumentado tras la pandemia, aunque era una tendencia que ya existía previamente. Como ésta, los riesgos medioambientales están contemplados en multitud de estudios prospectivos como potenciales generadores de altos impactos.

El imparable proceso de urbanización presenta nuevos retos, como la desigualdad y la sostenibilidad. Las grandes ciudades aumentan su poder, y se convierten en centros de creatividad y de innovación. Pero a su vez pueden ser escenario de procesos de guetificación, acentuando desigualdades económicas, sociales o tecnológicas.

En el contexto de cambio de modelo actual destaca que el futuro pasa por sustituir la economía lineal basada en un consumo cada vez mayor, por otra circular centrada en la reutilización de los recursos. Un proceso de transición hacia un modelo verde centrado en la innovación y la responsabilidad: nuevos productos, nuevos materiales, nuevas formas de consumo, crecimiento de energías renovables, reducción de emisiones, tratamiento de residuos, reciclado o *upcycling*.





En resumen, como hemos visto nos encaminamos hacia un futuro incierto, con múltiples variables interrelacionadas. Observar, analizar y anticipar los riesgos marcarán la forma en la que los gestionaremos y sus posibles impactos en nuestra forma de vivir.

**Garantizamos la seguridad de
las personas, las empresas y
la sociedad en su conjunto.**

Para más información contacte con
research@prosegur.com
www.prosegurresearch.com

